
El 12 de enero del 1999 recibí un mensaje en mi correo electrónico del amigo y gran escritor paraguayo Guido Rodríguez Alcalá, lleno de dolor por una terrible noticia: el fallecimiento de Josefina Pla el día anterior. No era un suceso inesperado debido a su estado de salud y degradación progresiva durante los últimos años, pero la muerte de quien has conocido y admiras y admirarás siempre duele. Toda pérdida enrabia a quienes veneran y se sienten discípulos intelectuales de una figura de la talla de la hispano-paraguaya Josefina Pla. Es más: cuando pasan los meses y se observa el escaso eco que ha tenido su fallecimiento en la España de hoy en día, a pesar de la relevancia de su obra y de su labor en el plano impulsor de actividades literarias en el Paraguay, se siente la necesidad de recordarla y de intentar que no forme parte de ese monstruo llamado olvido.

Esta polifacética intelectual residente en el Paraguay desde 1927 no fue una personalidad de ésas que se enfrentaron a las circunstancias del exilio político del año 39, exilio que tanto engrandeció el hermanamiento intelectual entre España e Hispanoamérica. Estamos frente a quien se marchó de *motu proprio* y, de paso, alimentó la relación firme entre la cultura española y la de un país de un continente que maneja el mismo código lingüístico. Ella nos ha dejado, pero ha forjado a lo largo de casi sesenta años un sustrato cultural y de hermanamiento que sigue vivo. Sin embargo, esta española de la cultura paraguaya contemporánea, y Dama de la Orden de Isabel la Católica nombrada en 1977, es una personalidad poco conocida en España y de cuya muerte apenas se han publicado noticias breves de agencia que tienden a perpetuar la breve presencia de Paraguay en la crónica de la humanidad, en el mundo cultural y en la prensa.

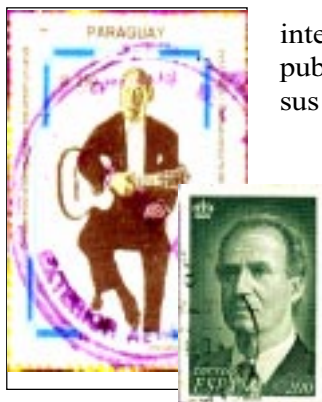
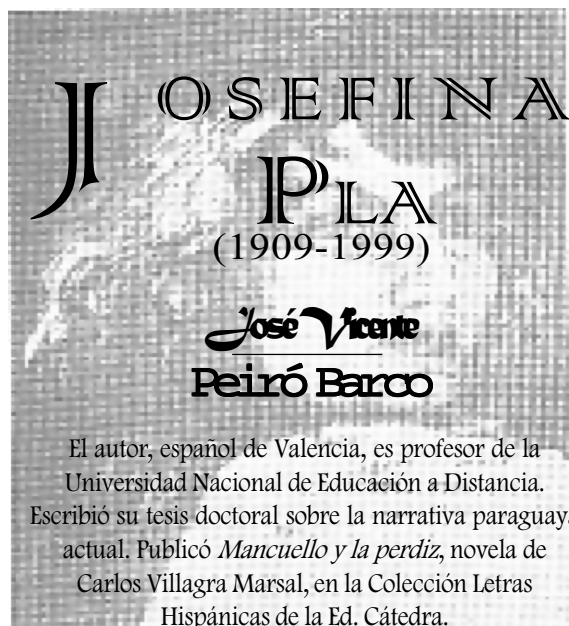
Josefina Pla fue una figura intelectual insigne. El día que conocí la noticia de su fallecimiento, releí por enésima vez aquel *currículum* que me entregó personalmente

en su casa de Asunción en agosto de 1995, actualizado por su secretario dos meses antes. Sus veintinueve páginas con párrafos escritos a un espacio dan que pensar, sobre todo cuando las obras que en ella figuran se tramam en un país tan poco proclive a tener autores con una obra extensa como es Paraguay. Examinando sus distinciones y homenajes, además del que ya he citado de Dama de Honor de la Orden de Isabel la Católica, se encuentran algunos curiosos, entre otros, la de ser exaltada como Miembro de la Academia Internacional de Cerámica (con sede en Ginebra), Miembro fundador del Pen Club paraguayo, Trofeo Ollantay a la investigación teatral de Venezuela (1984), Mujer paraguaya del año (1977), Medalla del Bicentenario de los Estados Unidos de América (1976), Consejera del Viceministro de Cultura paraguayo, la Orden Nacional al Mérito en el Grado de Comendador del

gobierno de Paraguay (1994), su defensa de los derechos humanos por la Sociedad Internacional de Juristas, la Medalla de Oro de las Bellas Artes de España (1995), y la Medalla Johann Gottfried von Herder. Junto a estos galardones, figuran nombramientos como el de miembro de la Academia Paraguaya de la Lengua, y sus homónimas de la Historia paraguaya y española, y otras menciones que hoy en día parecen olvidadas como el haber sido finalista en el concurso de méritos para el Premio Príncipe de Asturias en 1981, y su postulación y candidatura para el Premio Cervantes entre los años 1989 y 1994, recordando que en 1989 lo obtuvo Augusto Roa Bastos, el conocido escritor paraguayo. Su *currículum* continúa con una

interminable relación de actividades y publicaciones artísticas, entre las que destacan sus estudios sobre el barroco hispano-guaraní y sobre cerámica y artesanía paraguayas. Algunas de sus cerámicas pueden encontrarse en los fondos del Museo Nacional de Cerámica de Valencia (España), junto a las de quien fue su marido, el insigne artista paraguayo de este arte tan nuestro, Julián de la Herrería, descendiente de españoles que conquistó el amor de Doña

En memoria de



Josefina mientras ampliaba estudios en España con una beca. Las pinturas de nuestra compatriota sobre motivos indígenas son muy apreciadas, y cualquier reproducción de una de ellas alcanza un precio elevado en Asunción.

Y por qué no hablar de su literatura infantil o de su actividad teatral. Ella expandió la afición al teatro en Paraguay. Autores actuales reconocen sentirse agraciados con su participación en la difusión del arte dramático dentro de la Escuela Municipal de Arte Escénico *Roque Centurión Miranda* de Asunción. Junto al autor que dio nombre a esta escuela escribió algunas obras, pero de las individuales destacan sus piezas cortas de un acto, plenamente emparentadas con el espíritu lorquiano de *La Barraca* y de la tercera etapa la vanguardista de *El Búho* valenciano, que sin duda conoció, y de obras como *Burlilla de don Berrendo*, *doña Caracolines* y *su amante* de su último director, José Ricardo Morales, autor valenciano impulsor del nuevo teatro chileno. Entre sus ensayos sobre dramaturgia destaca su obra en tres tomos *Cuatro siglos de teatro en el Paraguay*, punto de referencia básico para todo estudioso de la literatura dramática de aquel país. No olvidemos que Josefina Pla aparece en aquella antología de teatro hispanoamericano que publicara la célebre y desaparecida editorial española Escélicer allá por 1972.

Su narrativa es cuantiosa y valiosa. De ella destaca su libro *El espejo y el canasto* (1981), recopilación de algunos cuentos escritos a lo largo de su vida en Paraguay. E incluso escribió una novela en colaboración con Ángel Pérez Pardiella titulada *Alguien muere en San Onofre de Cuarumí* (1984), donde se aprecia su estilo vigoroso, con frases imitativas de los registros populares, y con cierto sentido vanguardista de la rebeldía ortográfica. Sus concisos artículos sobre la narrativa de su país publicados en tantas revistas científicas internacionales han sido el punto de partida para que otros estudiáramos las obras de sus compatriotas de adopción muchos años más tarde. Su periodismo ha sido un modelo seguido sobre todo por las



Josefina Pla

mujeres paraguayas dedicadas al articulismo. Y su poesía, que camina desde el posromanticismo amoroso de su primer poemario, *El precio de los sueños* (1934), hasta la dureza de la lírica más expresiva del intimismo en *La llama y la arena* (1987), pasando por las influencias del modernismo y las vanguardias, ha sido considerada como iniciadora del movimiento renovador de la poesía paraguaya, junto con la de otros autores compañeros de generación como Hérib Campos Cervera y el propio Augusto Roa Bastos, en aquel grupo de principios de los cuarenta llamado *Vi'a Raity* ("El nido de la alegría"). Como bien me comentó una vez el investigador Raúl Amaral, Doña Josefina renovó el

espíritu y los temas de la poesía paraguaya; no sus formas, pero sí la concepción de los contenidos del género.

Así, pues, su labor social e intelectual como literata, pintora, ceramista, dramaturga, periodista, indigenista, y hasta como bordadora de tejidos típicos paraguayos, inmensa como el infinito, ha sido apreciada por los paraguayos. Creo que merece un reconocimiento explícito de los españoles. Su biografía cultural es un ejemplo y un modelo de trabajo realizado con generosidad y sin ánimo materialista, justo al contrario de lo que ocurre en la actualidad. Y en el Paraguay, dentro de un país con un ambiente plagado de disputas, donde las dictaduras, sobre todo la tan extensa de Stroessner, provocaron que la vida cultural destacara por la corrupción y los enfrentamientos personales, característica aún vigente en la actualidad donde se vive un provincianismo cultural, resulta sorprendente la práctica unanimidad de la valoración positiva de su obra y de su papel impulsor de la cultura,.

Nació el 9 de noviembre de 1909, según consta en su *currículum*, aunque esta fecha suele ser motivo de duda y discusión, porque parece que nació antes el 9 de noviembre de 1902, como ha comunicado recientemente Paco Feito, en Fuerteventura, concretamente en Isla de Lobos¹. Hay quien ha comentado que nació en San Sebastián, y otros que nació no se sabe cuándo. La coquetería alimenta la esperanza del divino tesoro de la

juventud, y es posible que ésta fuera la razón que condujo a Josefina Pla a quitarse algunos años de encima. Algunos creemos en su origen mediterráneo, no su nacimiento, por sus apellidos oriundos de estas zonas, y por algunos datos que permiten plantear dudas biográficas, aunque es cierto que naciera en Canarias y que su ascendencia fuera alicantina, en concreto de la localidad de Villajoyosa². En Villajoyosa conoció a quien sería su marido. Pero el lugar de nacimiento es indiferente, porque, como dijo Max Aub, uno es de donde hizo el bachillerato. Oí hace poco que se es universal cuando se pertenece a una tierra concreta y no existen muros alrededor de ella. Josefina Pla era hispano-paraguaya, pero también universal, hecho que acredita su preocupación constante por la mujer.

En mayo de 1996, Juan Manuel Bonet, director del Instituto Valenciano de Arte Moderno, me informó de la existencia de un ejemplar de *El precio de los sueños* de Doña Josefina en la librería de viejo “El Cárabo”. El ejemplar fue uno de los que repartió a su paso por Valencia en una de sus varias estancias en esta ciudad poco antes de nuestra Guerra Civil. Correspondía a la edición de 1934 de la Editorial El Liberal de Asunción, con carátula y *ex libris* de su marido Julián de la Herrería. Además de la belleza visual de la portada realizada con modernas tipografías y con un motivo alusivo a la cerámica de simbólico cromatismo es importante la dedicatoria autógrafa en una caligrafía perfecta que figura en la primera página y que cito literalmente: “*A l’il-lustre valencianista i poeta en Josep M^a Bayarri; amb tota estimació. Josefina Plá. 17 maig 1936*”. Difícil era escribir en valenciano de esta forma para una mujer canaria o guipuzcoana que ha vivido unos años en Paraguay, si no se había educado en algún lugar de Valencia. La autora firmaba el libro con su nombre y apellidos completos: *María Josefina Pla Guerra Galvany*. La dedicatoria al poeta Josep M^a Bayarri es lógica porque él publicaba por aquel entonces las revistas *El vers valencià* y *Ribalta*, con lo que el contacto entre Doña Josefina y el primer gran poeta valenciano de signo anticatalanista recordemos que fue autor del ensayo *El perill català* y de opúsculos gramaticales con una serie de normas muy *sui generis*, era posible por simple casualidad. Menos casualidad es que Bayarri era amigo del prior Guerra-Galvany, quien realizó una carrera importante en las altas esferas eclesiásticas españolas. ¿Es posible que existiera una relación familiar entre Dña. Josefina y el prelado valenciano Guerra-Galvany? Todo apunta afirmativamente, pero no hay documentos en los que se constate de forma vehemente. Sí parece que Doña Josefina tuvo una hermana viviendo siempre en Valencia, que estuvo casada con un hombre de la banca. Así, su relación con Valencia parece más notable de lo que en principio se

puede pensar. Las biografías contienen datos sorprendentes, pero es más importante la universalidad de la obra del autor que su circunstancial topografía biográfica, y la obra cultural de Doña Josefina posee importancia universal, además de haber sido un ejemplo de filantropía con un país tan necesitado culturalmente como Paraguay.

Un día, visité a Josefina Pla. Su gesto fue extraño cuando le respondí a su pregunta sobre de qué lugar de España yo era, Valencia, gesto que contenía expresión de agrado mezclada con algo de fastidio. Evidentemente, ella guardaba grandes recuerdos de Valencia, recuerdos que nunca desveló profusamente. Yo, sin embargo, conservo grabada en mi mente mi visita y estancia en su casa en el 95, allá en la calle Estados Unidos 1146 esquina con Colombia de Asunción, no muy lejos del centro de la ciudad. Ya algunas personas me habían hablado de su deteriorado estado de salud, pero no esperaba encontrarme con detalles distintos a los de una anciana de piel arrugada por los 93 años vividos. En virtud de su importancia cultural, esperaba encontrar una casa majestuosa, si bien descuidada, pero sólo con la sensación del desorden particular de la extravagancia bohemia de mucha gente de la literatura y de la pintura. No fue así. Llegué a su casa a las once de la mañana del día 13 de agosto de ese 1995. Encontré una muralla donde por el hueco de la reja de la puerta se veía una selva en lugar de un jardín armónico; esa selva virgen, exenta de fracturas provocadas por la mano del hombre, con plantas sin poda y desastradas, que se encuentra entre el amor al abandono y a la naturaleza pura. Llamé al timbre y apareció su secretario, de nombre Marciano, quien abrió amablemente y me permitió pasar. Me comentó que esperara un rato. Yo iba acompañado de mi esposa, algo que recordé cuando casi se sienta encima de un gato al tomar aposento. Entonces descubrimos que había felinos caseros por todas partes; felinos ariscos a más señas, y los observábamos con algo de pavor porque eran los verdaderos dueños de la casa. De repente salió Doña Josefina con su bata casera al ser invierno allá, bastante desaliñada, algo normal en muchos poetas, y terriblemente casi ciega y sorda. Su personalidad me impuso un respeto como nunca he sentido jamás. Me presenté, se alegró de que un español volviera a visitar su casa posiblemente yo fuera de los últimos a quienes concedió una entrevista, y estuvimos conversando bastante tiempo, a pesar de que Marciano intentaba que no se quebrantara más su salud. Doña Josefina ya no ofrecía entrevistas, ni apenas hablaba, pero realizó una excepción conmigo, detalle que siempre le agradeceré con mi fidelidad, siempre con la condición de que no fuera grabada. Entre saltos de gatos, pudimos seguir conversando sobre todo de España y de sus impresiones sobre la vida. Estaba conversando con una persona que

prácticamente había dicho que ya no deseaba vivir más. Sentía lástima porque no podía leer a causa de su avanzada pérdida de vista. Sin embargo, entre detalles de senectud, daba muestras de lucidez juvenil, como cuando se le ocurrió encargarme el rastreo de un libro sobre los indígenas payaguá de un alemán llamado Lehmann-Nitzsche (nada que ver con el célebre filósofo), por si lo encontraba en una librería de viejo o en la Biblioteca Nacional de Madrid. Nunca lo encontré y es una deuda que tendré siempre pendiente con ella y que espero no me reclame en el Parnaso o en el Paraíso. Conservo entre mis reliquias esa nota suya donde me anotó el título y autor de la obra, de enorme significado para mí por ser un certificado de mi hipoteca con ella. También recuerdo que me solicitó el recorte de prensa de su nombramiento como miembro de la Orden de Isabel la Católica, detalle que sí correspondí, aunque no sé si le llegó porque ella no solía responder a la correspondencia que no fuera vital en los últimos años.

Más tristeza sentí cuando me enseñó su desordenado archivo. Los gatos dormían placenteramente entre papeles, libros y periódicos. Un archivo tan importante destrozado por el tiempo, las fieras y el desorden. Doña Josefina fue una mujer de carácter fuerte, dominante, y nunca dejó que le ordenaran sus asuntos, papeles y trabajos. Por eso pudo soportar el ser una gran poetisa metida en una sociedad fuertemente dominada por el hombre, como la paraguaya.

Y con la vejez el carácter se acentúa y se vuelve irreversible. Si leemos su relato titulado *La muralla robada* descubrimos su terror a que le hurtaran todas sus pertenencias, incluso los muros de su casa. De ahí que no fuera de extrañar encontrar su archivo abandonado y sin posibilidad de integrar los fondos de alguna biblioteca importante. Es evidente que su carácter y la escasa influencia que poseemos los españoles que investigamos la cultura paraguaya en España han dejado perder una cantidad importante de material. Espero que el Centro Cultural “Juan de Salazar” de la Embajada Española en Paraguay haga lo posible por salvarlo del posible extravío, si es que no se ha extraviado ya.

Me despedí de ella entre la esquizofrenia de querer escapar del ambiente dominado por lo felinos domésticos y el deseo de quedarme a seguir conversando con la madre

de la relación cultural real hispano-paraguaya contemporánea (el padre podría ser Viriato Díaz-Pérez). Le di dos besos de agradecimiento, saludé a Marciano, quien me facilitó la dirección de Osvaldo Salerno, el galerista que vendía las reproducciones de sus cuadros de figurines indígenas, creo que guaikurúes, no sé cierto. Sentí pena por irme y por el estado de Doña Josefina y de su casa, que no era pequeña, pero sí un laberinto del desorden. Mi impresión personal sigue siendo la misma: ella es Doña Josefina, la más grande intelectual española en Paraguay, la impulsora de la cultura, y, como piensan la mayor parte de las escritoras de allá así lo he oído de Renée Ferrer, Lourdes Espínola, Susy Delgado y otras, la mujer que abrió las puertas a que ellas puedan tener protagonismo en asuntos públicos culturales. Las escritoras paraguayas tienen dificultades para “competir”, pero no tantas como cuando Doña Josefina se enfrentaba al dominio absoluto del varón. Sus labores sociales y culturales han dejado herencias firmes en las voces de escritores como Carlos



Josefina Pla

Villagra Marsal, Guido Rodríguez Alcalá, Renée Ferrer, Helio Vera y otros. Ellos la recuerdan, la recordamos en un *Encuentro de Escritores del Paraguay* celebrado en la Casa de las Américas en 1996, y la recordaremos siempre como esa mujer infatigable que ha unido las culturas española y americana. La pena es que los españoles no puedan gozar de su literatura y de su largo elenco de escritos, como ocurre con toda la de los

escritores paraguayos, a excepción de Roa Bastos. Pidamos su recuerdo. Josefina Pla merece un homenaje nuestro, el mejor posible de la España profunda, para lo cual valgan estos versos suyos de amor con los que finaliza el último poema de su primer libro, *El precio de los sueños*:

*Te encontraré por fin, amor perfecto y sumo.
¡Amor que serás toda la muerte, en un abrazo
total, como las gotas de la lluvia en el vaso
y las savias diversas en la llama y el humo!*

————— Notas —————

¹ Francisco Feito: “Edad real de Josefina Pla”. *Diario Las Américas*, 17 de enero de 1999: 13-B.

² En esta localidad vive actualmente su sobrina y poetisa Alicia Campos Cervera.